Estética ambiental en la literatura colombiana contemporánea: *La vida fue hace mucho* y *Dos aguas*

Fredy Javier Reyes Negrete

> *El hambre apremia. A las siete me pongo a fondear. Tengo un arpón de mano. Me resulta menos cruel arponear frente a frente a una criatura marina para comérmela que lanzarle un disparo neumático sin tino y dañar el coral. El capi solía echar una red de arrastre para sacar lo que fuera. Solo le importaba el hambre. Lo consumía. Yo también la siento, pero me lleno con poco.*
>
> Marita Lopera

Palabras clave: espacio; novela colombiana; siglo XIX, estética ambiental

1. ITINERARIO

Herederas lejanas de una «estética ambiental» propia de textos como *La vorágine*, las novelas colombianas *La vida fue hace mucho* de Marita Lopera y *Dos aguas* de Esteban Duperly invitan a pensar nuestra relación con la naturaleza y los recursos para encontrar una forma posible de ser y estar en el mundo sin destruirlo. En la literatura colombiana contemporánea la representación del espacio responde, en uno de sus sectores, a un análisis tanto de los resultados de ciertos procesos de modernización (inevitablemente) inacabados en América como de las consecuencias de una agenda política alejada de las realidades territoriales del continente. Así, el espacio resulta ser más que el telón de fondo de la trama narrativa y en obras como las de Duperly y Lopera se proponen visiones especiales sobre espacios como el mar o la selva. El presente texto revisa la concepción del espacio y el territorio que se adelantan en las dos novelas analizando la aproximación que se realiza de las dinámicas económicas como el extractivismo en regiones donde la frontera se desdibuja y ofreciendo lecturas que resignifican la relación humano-naturaleza.

2. ANTECEDENTES Y MARCO TEÓRICO-CRÍTICO

Para empezar, esta investigación debe reconocer el punto donde se ubican las novelas objeto de análisis, *La vida fue hace mucho* de Marita Lopera y *Dos aguas* de Esteban Duperly, en la tradición literaria del continente, y, por otra parte, debe dialogar con una conceptualización contemporánea de los estudios culturales y literarios.

En primer lugar, nos encontramos con que la tradición literaria del continente ha tenido un incidente énfasis en el componente natural del territorio. Podríamos pensar en varios ejemplos, puesto que desde las descripciones halucinantes de los cronistas de indias nuestro continente ha querido ser nombrado desde su naturaleza. Sin embargo, partimos de que uno de los trabajos importantes sobre la concepción de lo natural, como expone Fandiño en *La representación de la naturaleza y la apropiación del espacio en las letras del primer siglo de las Repúblicas Latinoamericanas* (2019), se halla en la obra del naturalista alemán Alexander von Humboldt, que viajó entre 1799 y 1804 por el norte de América Latina, y gestó una idea de la naturaleza americana a partir de sus posibilidades como espacio disponible para el progreso. A partir de la frase la perspectiva revindicadora de la naturaleza latinoamericana que ejerce Humboldt, Fandiño (2019: 15) argumenta que durante el XIX las clases políticas en Latinoamérica buscaron fundar el continente desde los textos. En este contexto, las letras llevaron a cabo procesos de configuración tanto cultural como nacional al utilizarse como un dispositivo de poder, en el sentido propuesto por Foucault en trabajos como *Vigilar y castigar* (1975), con el que la clase política construyó un proyecto de nación. En esta línea podemos encontrar algunos textos como *Las Silvas de la zona tórrida* (1826) de Andrés Bello en Venezuela; *Peregrinación de Alpha* (1853) de Manuel Ancizar, en Colombia o *Facundo, Civilización o Barbarie* (1845) de Domingo F. Sarmiento, en la Argentina. Estas novelas, así como otras elaboradas y publicadas en este periodo, son atravesadas en sus discursos desde la configuración de unas ideas que buscaban instituirse como «nacionales», tal como expuso Doris Sommer en su trabajo *Ficciones Fundacionales* (2004).

Si el interés por elaborar un discurso que agrupe y constituya la nación es el que atraviesa el siglo XIX, el siglo XX inicia con una narrativa de recelo sobre esa noción de progreso y de identidad nacional que han propuesto los trabajos anteriores. Justo en esa orilla se ubica *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, quien denuncia la explotación de sujetos en un territorio supuestamente «colombiano» en el que, por un lado, el Estado no brinda garantía alguna de protección y, por otro, donde el *progreso* está desencadenando la destrucción de la selva. En esta obra, ya considerada un clásico de las letras colombianas, se narran las aventuras y desventuras de un poeta bogotano llamado Arturo Cova, quien, huyendo de la capital para continuar su romance con Alicia y evitar el escándalo social, busca un lugar donde vivir su amor sin «inconvenientes». Esta huida termina llevándolo a recorrer varios territorios de los llanos orientales de Colombia, y la selva que converge entre las fronteras de Colombia, de Perú, de Venezuela y Brasil. El recorrido comienza en Bogotá y termina en el Alto Río Negro, territorio actual de Brasil. En el desplazamiento de Arturo Cova, se descubren territorios de significación y dinámicas sociales marcadas por la geografía que atraviesan los diversos personajes que van insertándose en la trama principal de la novela. Uno de estos territorios de significación, quizás el que más dimensión le ha dado a la novela, está configurado en la reconstrucción el sistema de la explotación cauchera en las cuencas del Amazonas y el Orinoco a finales del siglo XIX y principios del XX (Walde y Serje, 2024). La obra

ha sido llamada «novela de denuncia» —pues describe los horrores que viven los caucheros, aquellos hombres encargados de extraer el caucho en esta región— y también «novela de la selva», pues su descripción de esta geografía es un elemento distintivo de la obra:

> ¡Oh selva, oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, a manera de inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que solo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje vivo a la hora de tus crepúsculos angustiosos. ¿Dónde estará la estrella querida que de tarde pasea las lomas? Aquellos celajes de oro y de múrice con que se viste el ángel de los ponientes, ¿por qué no tiemblan sobre tu dombo? ¡Cuántas veces suspiró mi alma adivinando al través de tus laberintos el reflejo del astro que empurpura las lejanías, hacia el lado de mi país, donde hay llanuras inolvidables y cumbres de corona blanca, desde cuyos picachos me vi a la altura de todas las cordilleras! ¿Sobre qué sitio erguirá la luna su apacible faro de plata? ¡Tú me robaste el ensueño del horizonte y solo tienes para mis ojos la monotonía de tu cénit, por donde pasa el plácido albor, que jamás alumbra las hojarascas de tus senos húmedos! (Rivera, 2024: 83).

La vorágine, que, si bien se ha convertido en un referente para los estudios literarios, en especial para aquellos que se centran en la espacialidad del texto, no es la primera novela sobre el espacio en América Latina. Desde luego, la naturaleza ha sido uno de lugares comunes en novelas latinoamericanas, tal como señalan Serje y Walde:

> establece un diálogo con una serie de obras contemporáneas en América Latina, que se pueden denominar «novelas de la mercancía», entre las que se cuentan *El tungsteno* de César Vallejo (1930), *Canaima* de Rómulo Gallegos (1935) y ¡*Écue-Yamba-Ó!* de Alejo Carpentier (1935). Estas son novelas, que, como *La vorágine*, tratan las transformaciones sociales y espaciales de la producción de mercancías para el comercio internacional (2024: XVI).

La vorágine es entonces una novela que inaugura en la tradición colombiana una forma de reflexionar sobre el espacio desde las dinámicas de extractivismo que ocurren en nuestros territorios.

Así las cosas, en el siglo XXI una sección de la literatura colombiana contemporánea continuará elaborando una representación del espacio que responde a los resultados de los procesos de modernización (inevitablemente) inacabados en América Latina, que además profundiza en las consecuencias de una agenda política alejada de las realidades territoriales del continente.

Ahora bien, con el fin de realizar el análisis de las respectivas novelas debemos definir la línea en la que se argumenta el eje de análisis de este trabajo: la estética ambiental. Según se expone en el valioso trabajo de Andermann, Giorgi y Saramago, *The Handbook of Latin American Environmental Aesthetics* (2023):

> Aesthetics is a concept that, at least since its re-introduction into modern critical thought by Alexander Gottlieb Baumgarten in the early eighteenth century, has been deployed as both referring to the sensory and imaginative experience of beauty—and thus also to a mode of accessing truth by way of «sensible discourse» rather than logical reasoning, in Baumgarten's (1954: 6–10) expression—and as the «science of perception» that asks, as Kant would posit, for the general principles underwriting individual aesthetic judgements. (3)

Para el análisis que se propone, referimos el concepto de «estética» en el trabajo de Andermann, Giorgi y Saramago, con el fin de establecer que pensamos las novelas como obras de arte que movilizan sensibilidades y que aperturan nuevos modos de entender la experiencia vital. De forma consecuente, Andermann, Giorgi y Saramago enlazan esta noción de estética con el elemento *ambiental* en el sistema de ideas de sus análisis (2023: 3). Para ellos, los dos conceptos se han unido en los últimos años dando lugar a nuevas maneras de configurar el *sensorium* «que nos permite imaginar, percibir y narrar» el mundo contemporáneo (2023: 3).

3. DOS NOVELAS COLOMBIANAS CONTEMPORÁNEAS

La vida fue hace mucho de Marita Lopera, autora antioqueña, narra el viaje de Alea, una mujer que navega en un barco sin nombre por las costas del Caribe colombiano, mientras registra e informa acerca de la biología de la región. Alea es una sobreviviente, una mujer que ha perdido todo lo que conocía y ama a causa de un incendio forestal. Sus recorridos devienen una búsqueda de identidad, de un lugar al que pertenecer. La novela se desarrolla en dos tiempos: el presente, en el que Alea navega a la deriva, y el pasado, en el que recuerda su infancia en un pequeño pueblo costero. En el presente, Alea está marcada por el hambre y la soledad. En el pasado, era una niña feliz, rodeada de su familia y su comunidad. Los desplazamientos de Alea devienen viajes donde adelanta lecturas sobre sus pérdidas, desplazamientos donde aprende a conocerse a sí misma y a encontrar su lugar en el mundo.

En este marco, la novela de Lopera explora temas como el cambio climático, la pérdida de identidad y la búsqueda del sentido de la vida mientras define su forma de estar en el mar y nos convoca a reflexionar sobre el futuro del mar Caribe. En *La vida fue hace mucho*, los lugares donde ocurren los hechos sirven de pretexto para los títulos de los capítulos. Así nos encontramos con espacios como una ensenada, islas, peñas, playas, riscos, cabos, que sirven como catalizador de las reflexiones de Alea. Además de que son varios, accedemos a ellos en un modo especial, pues la novela nos acerca a ellos principalmente por el desplazamiento constante en el que se encuentra la protagonista, a lo largo de cabo Tiburón, Titumate, Nueva Colonia, para mencionar algunos.

Constantemente se observa cómo se configura una relación entre la naturaleza, el medio creado por el ser humano en esa naturaleza y las referencias a la basura.

El mar de la novela padece un problema sanitario a causa de las basuras que llegan al litoral.

> Cuando fondeo en busca de una centolla, un jurel o una agujeta, que por esos días son tesoros marinos, recojo toda la basura que me encuentro en la zona de inmersión. Hace unos diez años podía recoger toda la basura que veía donde estaba buceando. Hoy no. Nunca logro recogerlo del todo (Lopera, 2022: 12).

La novela refiere constantemente circunstancias que pueden invitar al lector a reflexionar sobre las consecuencias ambientales de ciertas actividades cotidianas.

En *Dos aguas*, del también antioqueño Duperly, nos enfrentamos a un espacio similar. La novela se cuenta desde dos perspectivas. Por una parte, tenemos a un boga, un remero, que habita en la zona donde desemboca el río en el mar y, por otra, tenemos a Bernhardt y su familia de exiliados judíos que intentan encontrar un lugar donde continuar su vida alejados de la discrimación. Tal como presenta el resumen de la editorial, «El azar los reúne en un mismo territorio de palmeras y manglares en donde el agua dulce desemboca en el mar. Ambos, por leyes distintas, se consideran dueños del sitio» (2023). El Boga y Bernhardt se enfrentarán por definir a quién le pertenece verdaderamente el espacio del territorio. El Boga, por un lado, quien habita con anterioridad en él, y Bernhard, por su parte, que adquiere las escrituras del terreno donde vive el Boga, al comprarlas a un hombre que dice ser el dueño de la *coquera*, es decir, de toda la región playera que comprende el escenario de la novela.

Podemos revisar el paralelo que establece el narrador de la novela entre las formas como ambos personajes perciben el espacio:

> El Boga caminó entre las palmeras, entre los troncos altos y anillados. A lo lejos oyó otro coco golpear la arena y emitir un sonido seco, najo, sordo. Un cangrejo regresó a su hoyo. Dos murciélagos volaron sobre su cabeza a una rama de icaco y, desde la arena, un enjambre de jején saltó a sus tobillos donde el huma nunca llegó. Entonces, volvió a escuchar las chicharras, silbidos, chapotear de agua y zumbidos de alas, la gran exhalación (Duperly, 2019: 11).

Es válido mencionar que, en los pasajes referidos al Boga, la narración abunda en descripciones del mundo natural. Duperly presenta a este personaje como un sujeto que convive de una manera consustancial con el litoral en el que habita.

Para Bernhardt, el personaje que representa la contracara del Boga, la naturaleza parece existir desde una distancia, desde una lejanía:

> […] antes de aterrizar en una franja de grava y maleza, hizo un giro amplio para ponerse frente a la cabecera de la pista. Desde la ventana, Bernhardt pudo ver la naturaleza que yacía abajo: cerca de la punta sur, un río desaguaba hacia el mar. El estuario era amplio; la boca era un ramal en donde la corriente marrón y dulce se encontraba con la sopa verdosa y salada del océano,

> y allí se produce un encuentro de dos aguas que no se mezclaban y creaban una estampa de tonos difusos; una pluma de pájaro pintada a la aguada que penetraba cientos de metros dentro del mar. Las corrientes corrían paralelas hasta que, al final, la diferencia se deshacía y todo se transformaba en un solo cuerpo azul, que se prolongaba imparable e infinito (Duperly, 2018: 58).

Bernhardt es un judío exiliado, es un forastero en la región. Esta distancia es lo que quizás invita a que su forma de apropiarse del espacio venga mediada por un dispositivo que lo nombre como suyo: la escritura. Desde este dispositivo es que intentará decir que ese espacio le pertenece, si bien su existencia parece resultar ajena a él.

El núcleo de la tensión narrativa se alcanza cuando sus dos visiones del mundo se contrastan. ¿Qué manera de vivir el espacio es la más verdadera? ¿Quien puede habitarlo como parte que se desprende de él o aquel que llega y lo nombra suyo?

4. MÁS ALLA DE LA REPRESENTACIÓN: LAS FRONTERAS QUE SE DESDIBUJAN, UNA NUEVA RELACIÓN CON LA NATURALEZA

Así las cosas, las novelas pueden estudiarse a través del encuentro de dos disciplinas que convencionalmente se separan: la literatura y la economía. Precisamente en ellas se evidencian procesos de extractivismo que atraviesan la historia de la región y que, según se presenta en las novelas, pueden eventualmente acabar con los ecosistemas de la misma. Por un lado, personajes locales que pescan con el fin de vender y producir fuerza económica; por otro, extranjeros que conciben el lugar como un paraíso marítimo que pueden arrebatar y aprovechar según sus intereses.

Las novelas en cuestión proponen una visión sobre el espacio que interroga la relación ser humano-naturaleza y las maneras como se concibe nuestro estar en el mundo. Esta es una idea que viene gestándose en los estudios culturales contemporáneos, como puede rastrearse en el trabajo de Andermann, Giorgi y Saramago, al describir las estéticas ambientales contemporáneas:

> environmental aesthetics as the two-way traffic between artistic production and the critical thought that draws out its interfaces with wider, socio-cultural as well as earth- systemic developments, is also in the business of imagining things differently—of mobi- lizing the powers of speculation to imagine but also create other ways of inhabiting the planet (2023: 5).

Es así como la obra de Lopera se ubica en un espacio que da cuenta de las crisis ambientales que pueden resultar de la sobreexplotación pesquera y la contaminación del mar que ocurre en estas regiones; mientras que en el lado de Duperly, se compone el problema de la apropiación del territorio por agentes que deciden «comprarlo» y testificar que les pertenece, si bien no existe un documento que lo constate, ni un ente administrativo que pueda regular su validez.

En el caso de *La vida fue hace mucho*, acompañar a Alea en su odisea nos permite revisitar las formas como habitamos, cómo puede ocurrir activismo ambiental en una región y cómo la literatura puede devenir un registro biológico. Particularmente, *La vida fue hace mucho* puede instaurarse en una línea de *nature writing* instaurada por Carson y Shepherd con *Bajo el viento oceánico* (1941) y *La montaña viva* (2019).

Aun cuando encontramos que estas novelas dan cuenta de crisis que pueden sufrir los territorios a causa de los procesos económicos, los textos también nos proponen formas de establecer relaciones con los lugares menos capitalistas. En estas novelas el espacio, el paisaje, les permite a los personajes construir relaciones de trascendencia de su propia existencia, en él ven su vida y adelantan una lectura de su existencia. En últimas instancias, estas novelas colombianas se inscriben en una preocupación contemporánea de nuestra relación con el espacio. Como ocurre con la fotografía tomada por la sonda espacial *Voyager 1* en 1990 desde una distancia de unos 6.000 millones de kilómetros, titulada *Un punto azul pálido*, Duperly y Lopera nos recuerdan la quizás efímera y frágil posición de los seres humanos en el planeta Tierra, el único que podemos habitar.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Andermann, J.; Giorgi, G., y Saramago, V. (eds.) (2023). *Handbook of Latin American Environmental Aesthetics*. Berlín/Boston: De Gruyter.

Duperly, E. (2018). *Dos aguas*. Medellín: Angosta Editores.

Fandiño Lizarraga, J. (2019). *La representación de la naturaleza y la apropiación del espacio en las letras del primer siglo de las Repúblicas Latinoamericanas. Tres momentos clave:* Los viajes de Humboldt, *el* Facundo *de D.F. Sarmiento y* La vorágine *de J. E Rivera*. Tesis doctoral. Universitat Pompeu Fabra. Departament d'Humanitats.

Lopera, M. (2022). *La vida fue hace mucho*. Medellín: Angosta Editores.

NASA (1990). *Pale Blue Dot.* NASA Jet Propulsion Laboratory.

Rivera, J. (2024). *La vorágine*. Bogotá: Ediciones Uniandes.

Serje, M., y Walde, E. (2024). *La vorágine. Una edición cosmográfica*. Ediciones Uniandes.